

O vence el espíritu o adiós, género humano

Adaptación de una frase atribuida a Paul Valéry (1871-1945): *L'esprit doit l'emporter, ou c'en est fait du genre humain*

Proyección del pensamiento de Unamuno sobre la biología actual

Emilio Cervantes
IRNASA-CSIC. Apartado 257. Salamanca. España
ecervant@usal.es

Proyección del pensamiento de Unamuno sobre la biología actual

Resumen

A partir de una conocida frase de Unamuno se ponen de manifiesto puntos críticos de la biología moderna. Para ello, en primer lugar se presenta la frase y se explica en el contexto de la obra de Unamuno y de su actitud para con la ciencia, actividad humana a la que el autor concede una gran importancia y de la cual advierte un peligro potencial por su posible participación en el proceso de “deshumanización” del hombre y la sociedad. La biología actual presenta síntomas de aislamiento y “deshumanización” que se ponen de manifiesto cuando se analizan a la luz del pensamiento de este importante filósofo existencialista cristiano.

Abstract

From a well known quote of Unamuno, critical points of modern biology are revealed. For this, first the quote is introduced and explained in the context of Unamuno's work and his attitude towards science, a human activity to which the author gave great importance and of which he advertised a potential danger due to its participation in the process of de-humanization of mankind and society. Today's biology presents symptoms of isolation and de-humanization that are revealed when analysed in the light of the thought of this important existentialist christian philosopher.

Palabras clave: Biología, Ciencia, Filosofía, Humanismo, Unamuno.

(*La verdad indirecta.*) Con su célebre exclamación “¡Que inventen ellos!” don Miguel de Unamuno hizo un afortunado experimento psicoanalítico, aunque seguramente sin quererlo ni advertirlo, pues, a través de la reacción que acertó a suscitar con el gesto desdeñoso que tal frase arrojaba a la cara de sus contemporáneos, demostró lo que aparentemente no intentaba demostrar, esto es, hasta qué punto la tecnología es literalmente un dios, o la más reciente encarnación de dios. En efecto, la reacción que el ataque-pues como ataque fue tomado-provocó y aún sigue provocando no es la normal ante una opinión que parezca discutible e incluso que se tenga por francamente equivocada, sino una reacción descomedida, exacerbada, escandalizada, como el rechazo que sólo puede provocar la necesidad de ceguera y voluntad de cerrazón que es propia de la fe. Si la confianza en la tecnología fuese una sensata y razonable convicción y no un estólido apremio fideístico, la frase de Unamuno suscitaría a lo sumo una repulsa semejante a la que suelen merecer la astrología o la cartomancia, pero no ese impulso exorcismo, tan automático y atemorizado como el de quienes en tiempos de más sólida fe religiosa se santiguaban apresuradamente ante el vibrante, vigoroso y ominoso restallar de la blasfemia.

Rafael Sánchez Ferlosio. P 152. Vendrán más años malos y nos harán más ciegos. Ed Destino, col. Áncora y Delfín. Barcelona, 1993.

Introducción

La frase de Unamuno a la que se refiere Rafael Sánchez Ferlosio en el párrafo precedente ha puesto los pelos de punta a científicos e investigadores españoles durante generaciones, contribuyendo a colocar al filósofo por derecho propio en el pedestal de los autores malditos de la ciencia ibérica, en oposición con sus adalides en cuyo altar, Don Santiago Ramón y Cajal ha ocupado a lo largo de décadas el lugar preferente.

La frase, tal y como se repite frecuentemente, es: “*¡Que investiguen ellos!*”, aunque, en su forma originalmente pronunciada por Unamuno habría sido: “*¡Que inventen ellos!*”, haciendo alusión a su rechazo por la investigación científica moderna, como indicando que en España podemos hacer cosas, si no mejores, sí diferentes que la investigación científica e igualmente necesarias. Pero, ¿Qué hay de firme en la mencionada frase? ¿Se trata de una anécdota puntual y sin importancia en la dilatada vida de don Miguel? O, por el contrario, ¿contiene la llave de una idea esencial en su pensamiento y en su actitud ante la vida de gran proyección en la actualidad? Como explicaré, me inclino por la segunda opción. La frase no es casual ni anecdótica sino que representa un punto de vista muy firme y asentado sobre una posición sólida del filósofo y que, además, tiene hoy una enorme importancia. Espero que después de la lectura del texto que sigue, el lector esté de acuerdo conmigo en que deberíamos reflexionar tanto sobre la frase en sí, como sobre lo que viene detrás de ella; ese experimento al que se refería Sánchez Ferlosio que podría contener una seria y premonitrice advertencia ante los caminos que está tomando la ciencia actual. En cualquier caso, antes de utilizarla a diestro y siniestro, deberíamos plantearnos su relación con la actitud de la ciencia, su significado y su papel en el desarrollo de la sociedad contemporánea.

Este texto se ha escrito para dar una respuesta a estas cuestiones. Para ello, en primer lugar, presentamos la frase en su entorno textual y en el de la filosofía de

Unamuno y en relación con su modo de entender la ciencia y la vida. A continuación vemos en qué medida su sombra se puede proyectar sobre la biología actual.

El presente análisis parte de dos premisas: 1) La contribución real de la ciencia al conocimiento y la comprensión del mundo depende de la actitud de los científicos frente al conocimiento y a la filosofía, actividad de la cual no pueden ser ajenos. 2) Es hora de poner punto final a la lamentable disyuntiva entre “ciencias” y “letras”. El conocimiento es uno y es, como tal, integrado e indisoluble, necesario para el ser humano.

La frase en su contexto: El sentimiento trágico de la vida.

La frase “*¡Que inventen ellos!*”, aparece en el capítulo 12 y final del texto “*Del sentimiento trágico de la vida*”, titulado: “*Conclusión. Don Quijote en la tragicomedia europea contemporánea*”, en el siguiente párrafo:

“No ha mucho hubo quien hizo como que se escandalizaba de que, respondiendo yo a los que nos reprochaban a los españoles nuestra incapacidad científica, dijese, después de hacer observar que la luz eléctrica luce aquí, y corre aquí la locomotora tan bien como donde se inventaron, y nos servimos de los logaritmos como en el país donde fueron ideados, aquello de “Que inventen ellos!”, expresión paradójica a que no renuncio. Los españoles deberíamos apropiarnos no poco de aquellos sabios consejos que a los rusos, nuestros semejantes, dirigía el conde José de Maistre en aquellas sus admirables cartas al conde Rasoumowski, sobre la educación pública en Rusia, cuando le decía que no por no estar hecha para la ciencia debe una nación estimarse menos; que los romanos no entendieron de artes ni tuvieron un matemático, lo que no les impidió hacer su papel, y todo lo que añadía sobre esa muchedumbre de semisabios falsos y orgullosos, idólatras de los gustos, las modas y las lenguas extranjeras, y siempre prontos a derribar cuanto desprecian que es todo.

¿Que no tenemos espíritu científico? ¿Y qué si tenemos algún espíritu? , ¿se sabe si el que tenemos es o no compatible con ese otro?.

Mas al decir “Que inventen ellos!”, no quise decir que hayamos de contentarnos con un papel pasivo, no. Ellos a la ciencia de que nos aprovecharemos, nosotros a lo nuestro. No basta defenderse, hay que atacar.

Pero atacar con tino y cautela. La razón ha de ser nuestra arma. Lo es hasta del loco. Nuestro loco sublime, nuestro modelo, don Quijote,.....”

No parece, por lo tanto, que la frase sea un error ni un simple desliz, sino que Unamuno se tomó la molestia de explicarla y justificarla en el último capítulo y conclusión de una de sus obras principales. Para el autor, el carácter del español, tanto del individuo como de la lengua, es más dado a la reflexión filosófica que a la práctica científica y ambas actividades deben entenderse en un mismo contexto, el del conocimiento humano, en el cual deben ser complementarias, o más en general todavía en el contexto de las aspiraciones del ser humano. En otros capítulos de la misma obra, queda bien clara esta importante idea. Así por ejemplo, en su primer capítulo titulado “El hombre de carne y hueso” dice:

“Si, si, lo veo; una enorme actividad social, una poderosa civilización, mucha ciencia, mucho arte, mucha industria, mucha moral, y luego cuando hayamos llenado el mundo de maravillas industriales, de grandes fábricas, de caminos, de museos, de bibliotecas,

caeremos agotados al pie de todo eso y quedará, ¿para quién? ¿Se hizo el hombre para la ciencia, o se hizo la ciencia para el hombre?.” (p 31)

La tarea de la ciencia podría actuar como palanca para un proceso de “deshumanización” del hombre que es advertido como un peligro. El hombre tiene una necesidad de conocimiento general, integrado. El científico que no muestra una inquietud general por el conocimiento y el destino humano, por la virtud, es decir, una vocación filosófica no es, para don Miguel, hombre completo, sino un elemento de un engranaje; por el contrario el filósofo tiene que ser, necesariamente, un hombre:

“Si un filósofo no es un hombre, es todo menos un filósofo; es, sobre todo, un pedante, es decir un remedo de hombre. El cultivo de una ciencia cualquiera, de la química, de la física de la geometría, de la filología, puede ser, y aun esto muy restringidamente y dentro de muy estrechos límites, obra de especialización diferenciada; pero la filosofía, como la poesía, o es obra de integración, de concinación, o no es sino filosofería, erudición pseudo-filosófica”(p 34)

La ciencia tiene un origen y una función muy claras. Su mercantilización no es algo reciente:

“Las necesidades de la vida fuerzan y tuercen a la ciencia a que se ponga al servicio de ellas, y los hombres, mientras creen que buscan la verdad por ella misma, buscan de hecho la vida en la verdad. Las variaciones de la ciencia dependen de las variaciones de las necesidades humanas, y los hombres de ciencia suelen trabajar, queriéndolo o sin quererlo, a sabiendas o no, al servicio de los poderosos o al del pueblo que les pide confirmación de sus anhelos.

¿Pero es esto realmente un peso muerto y una grosera materia de la ciencia, o no es más bien la íntima fuente de su redención? El hecho es que ello es así, y torpeza grande pretender rebelarse contra la condición misma de la vida”(p 43)

El racionalismo que acompaña a la ciencia no es suficiente para satisfacer las inquietudes humanas:

“Sí, Lucrecio quiso concluir, solucionar y, lo que es peor, quiso hallar en la razón Consuelo. Porque hay también una abogacía anti-teológica y un odium anti-theologicum. Muchos, muchísimos hombres de ciencia, la mayoría de los que se llaman a sí mismos racionalistas, lo padecen. “

La conciencia humana ha de estar siempre por encima de la ciencia y de la tecnología:

“¿He de volver a hablaros de la suprema vaciedad de la cultura, de la ciencia, del arte, del bien, de la verdad, de la belleza, de la justicia....., de todas estas hermosas concepciones, si al fin y al cabo, dentro de cuatro días o dentro de cuatro millones de siglos-que para el caso es igual-, no ha de existir conciencia humana que reciba la cultura, la ciencia, el arte, el bien, la verdad, la justicia y todo lo demás así?” (p 113)

O también:

“No sé porque tanta gente se escandalizó o hizo que se escandalizaba cuando Brunetièrre volvió a proclamar la bancarrota de la ciencia. Porque la ciencia en cuanto sustitutiva de la religión, y la razón en cuanto sustitutiva de la fe, han fracasado siempre. La ciencia podrá satisfacer, y de hecho satisface en medida creciente, nuestra crecientes necesidades lógicas o mentales, nuestro anhelo de saber y de conocer la verdad; pero la ciencia no satisface nuestras necesidades afectivas y volitivas, nuestra hambre de inmortalidad, y lejos de satisfacerla, contradícela. La verdad racional y la vida están en contraposición. ¿Y hay acaso otra verdad que la verdad racional?.” (p. 120)

Y algo más adelante:

“Porque la ciencia destruye el concepto de personalidad, reduciéndolo a un complejo en continuo flujo de momento, es decir, destruye la base misma sentimental de la vida del espíritu, que, sin rendirse, se revuelve contra la razón” (p. 125).

La actitud de Unamuno frente la Ciencia

“Que inventen ellos!”, no es pues, la única expresión de Unamuno que representa una actitud hostil, o cuando menos de reserva crítica, ante la ciencia. Acabamos de ver que en su obra clave *“El sentimiento trágico de la vida”*, la preocupación por la ciencia se expresa de modo contundente en casi todos los capítulos. En definitiva, el autor manifiesta su opinión según la cual la ciencia no es un remedio universal para las inquietudes y preguntas del hombre y duda, no solo de la espiritualidad de sus planteamientos, sino en general de su solidez para tomar las riendas en un sistema de conocimientos verdaderamente integrado, humano y capaz. Otras manifestaciones de estas inquietudes se ven a lo largo de su obra (Teira, 2002). Por ejemplo, en su carta a Fernando Múgica, de 28 de diciembre de 1904, escribe:

“Cada día me interesan más los hombres de espíritu y menos los de mera ciencia... Los breves ratos que mi Quijote me deja leo a Kierkegaard, en danés ¡Eso es un hombre! / Acabaré por mandar todo lo demás a paseo y no estudiar sino filosofía pura y cosas de religión. Es lo que aquí, en España, hace más falta. Y combatir los practicistas todos y a los que nos vienen con tecniquerías”

Unamuno ve en la ciencia un peligro potencial que amenaza las cualidades humanas de libertad y voluntad y por eso justifica la actitud tradicional de la Iglesia, a la defensiva frente a nuevos avances científicos, como se manifestó en los casos de las respuestas de las autoridades eclesiásticas a Galileo, la doctrina darwinista de Evolución de las Especies y, más aún, en la incompatibilidad expresada por Pio IX con la civilización actual. *“Que inventen ellos”*, no es el fruto de un puntual y anecdótico “cabreo” sino más bien la expresión de un sentimiento, sincero y honesto, profundo y convencido. Quizás una expresión extrema de su modo de entender el mundo en el cual

la ciencia no es lo más importante y del que don Miguel dejó abundante constancia a lo largo de sus escritos. Pero, ¿Cómo se entiende esta frase y cuál es su importancia ante el panorama actual de la biología?

El pensamiento de Unamuno y la biología de hoy

La última edición del libro de texto de bioquímica de McKee y McKee (2003) se titula: “Bioquímica. La base molecular de la vida”. En el título nada hay de sorprendente para la mayoría de los alumnos y profesores de bioquímica. Para el bioquímico, la bioquímica estudia la base molecular de la vida. La cosa empieza a ser algo más sorprendente cuando uno de los “valientes” biólogos que se han atrevido a ser críticos con las actitudes generalizadas de la actual biología y en particular con el darwinismo, el autor Michael J. Behe, en el prefacio a su libro “La caja negra de Darwin” dice:

*“La ciencia moderna ha aprendido que la vida, en última instancia, es un fenómeno molecular: Todos los organismos están constituidos por moléculas que actúan como las tuercas y tornillos, los engranajes y las poleas de los sistemas biológicos.....
...En consecuencia, la ciencia de la bioquímica tiene por misión la exploración del fundamento mismo de la vida.”*

Y más adelante:

“las partes más importantes de los seres vivientes son demasiado pequeñas para ser vistas”

Pero, ¿quién le ha dicho a Behe que la vida es un fenómeno molecular? ¿Acaso el Fausto de Goethe es un fenómeno verbal? Seguro que Unamuno nunca admitiría que “El Quijote” tuviese su fundamento en las palabras o que éstas sean sus partes más importantes. Los descubrimientos de la física de partículas están más próximos al punto de vista de Unamuno que al de Behe y, en general, al compartido por muchos biólogos, porque a ningún físico de partículas se le ha oído decir que las partículas cuanto más pequeñas son más importantes para la constitución de la materia. La definición de la materia dependerá de nuestro punto de vista, pero no por reducir la escala de lo observado, aumentará la importancia de la observación. Aumentará, eso sí, el precio del experimento y la necesidad de tener una influencia social que nos permita la infraestructura para realizarlo, pero a la hora de definir qué es la materia o qué es la vida la definición que más nos guste será al final un problema teórico, lingüístico y entonces estaremos próximos a un problema de estética y un poeta podrá definir la materia con el mismo derecho que un físico. Así, después de haber leído a Unamuno, y reconocer con él la importancia del lenguaje (Cervantes, 2007), cabe preguntarse: ¿Tiene la vida una base molecular? Don Miguel respondería airado que no. Otro rotundo No sería la respuesta de un enojado Soren Kierkegaard, al que Unamuno llamó su hermano y que es uno de sus autores predilectos, pero claro, esto es ya ir muy lejos en el tiempo y es que Kierkegaard ni siquiera había oído hablar de las moléculas. Ahora bien, ambos humanistas, Kierkegaard y Unamuno, sabían muy bien dónde hallar una respuesta acerca del significado de la vida: En sí mismos. ¿Estaban equivocados Unamuno y Kierkegaard?, ¿Estoy yo cometiendo un grave error al escribir este texto por mezclar la “vida” de los biólogos con la “vida” de los filósofos?

No creo. Porque, a diferencia de lo que hoy se enseña en las facultades de biología, la vida (sólo hay una vida) podría no tener una base molecular. Dicho de otro modo, nadie ha demostrado nunca que la vida tenga una base molecular. Las moléculas son componentes de la vida cuando ésta se analiza por métodos apropiados, pero en definitiva, la única experiencia verdadera que yo tengo de la vida es mi propia vida y por eso tengo que estar más de acuerdo con Kierkegaard y con Unamuno que con quien piense que la vida son moléculas en acción. El lenguaje es muy importante también en la ciencia y el problema se puede y se debe reducir a términos lingüísticos, de análisis del lenguaje. Veamos cómo. En primer lugar es necesaria una definición de la expresión “base molecular”. Diremos que la vida tiene una base molecular si, y solo si, las formas de vida más complejas tienen su origen únicamente en la evolución de las más simples. Pero esto está cada vez más lejos de ser demostrado. Aunque se admita que toda la vida sobre la tierra procede de la evolución de formas primitivas, moleculares, que por sucesivas asociaciones “adaptativas” dieron lugar a células y luego a organismos más complejos (Maynard Smith y Szathmáry, 1997), es importante saber distinguir que esto es un consenso admitido, pero no probado. Las líneas que separan lo admitido y lo probado marcan en ciencia cada vez un terreno más grande e importante. La evidencia experimental reciente apoya estas ideas basándose en criterios estructurales, pero no las demuestra; y sospecho que nunca podrá demostrarlas. El Método Científico no ha podido demostrar que la compleja serie de transiciones que los biólogos teóricos explican haya ocurrido en la naturaleza y mucho menos que sean la única causa del origen de los organismos complejos. Las demostraciones se referirán siempre a lo sucedido en condiciones experimentales. Es decir, aportando pruebas de que aquello pudo haber ocurrido, no de que efectivamente haya tenido lugar. Es crucial el entender lo que es el Método Científico y su alcance, siempre limitado cuando se trata de la comprensión de los hechos del pasado. Por otra parte, hoy, cuando se considera que la evolución de las especies es un hecho, resulta paradójico constatar que, por una parte, no se sabe definir qué es una especie ni tampoco, por otra parte, es fácil precisar qué conjunto de circunstancias deben concurrir para considerar algo un hecho. La definición clásica de especie dice que es un conjunto de individuos que comparten una serie de características comunes y que pueden reproducirse entre ellos. Pero en la naturaleza no hay pruebas experimentales posibles, cada cosa ocurre una sola vez y ¿quién nos dice cómo se reprodujeron todos los organismos hace setecientos millones de años?

Poco sabemos acerca de las leyes que rigen la evolución y cabrían múltiples explicaciones que no pueden, de momento, ser refutadas. El debate toma la forma de una dialéctica de besugos entre los llamados “Creacionistas” y los llamados “Evolucionistas”, dos bandos enfrentados en una dialéctica imposible en la que cada uno utiliza un lenguaje diferente cuando no opera movido por intereses de cualquier tipo, en general ajenos a la realidad del problema que consiste, ni más ni menos, que en la búsqueda del conocimiento basada en la correcta utilización del lenguaje. Aunque dicho debate es muy activo en Estados Unidos y en el entorno del idioma inglés, tal vez podría ser más productivo en español, y cuando los participantes tuviesen una base humanista. Esta afirmación está basada en la lectura de Unamuno, cuyos textos demuestran que el nuestro es un idioma apropiado para la cuestión. Una cosa es hacer ciencia y otra, bien diferente, saber qué es la ciencia. Con su frase-bomba-experimento, Unamuno quería decir que, en español, se hace mejor lo segundo. Por ejemplo, en español podremos captar mejor que en inglés que la palabra Creacionismo es absurda y que fue inventada por el darwinismo con objeto de tener un enemigo al que poder vencer (Cervantes, 2009).

Se supone que las bacterias son formas de vida antiguas sobre la Tierra y que, de ellas, derivaron las plantas y los animales a partir de dos series evolutivas independientes. Las cianobacterias, organismos de gran autonomía ya que pueden tomar el carbono y el nitrógeno del aire (porque poseen las estructuras necesarias para la fotosíntesis y la fijación del nitrógeno atmosférico respectivamente), han dejado abundantes restos fósiles que demuestran que fueron muy abundantes en épocas pasadas. Se supone que deben de haber sido las responsables del enriquecimiento en oxígeno de la atmósfera (como consecuencia de su actividad fotosintética; Junge y Clausen, 2006). La actual Teoría Endosimbiótica propone que, por asociaciones simbióticas con otras formas de vida, las cianobacterias habrían derivado en los cloroplastos de las células vegetales (Mereschowsky, 1920). Esta Teoría ha recibido un fuerte impulso en años recientes (Okamoto y Inouye, 2005). Pero la biología moderna ha demostrado la enorme plasticidad y capacidad dinámica de los genomas y lo mismo que se supone que las células vegetales pueden proceder de simbiosis entre distintos tipos celulares, también podría ocurrir el proceso inverso, es decir que, a partir de células vegetales, en determinadas condiciones pudiesen liberarse elementos más sencillos conteniendo información para la organización de estructuras menores, pero no,..... normalmente se tiende a suponer que siempre la evolución opera en dirección de menor a mayor complejidad. Por el contrario, en su artículo publicado en *Nature Genetics*, Melamed y cols. (2004) describen la existencia de secuencias de DNA similares en los genomas de salmónidos y en *Schistosoma*, un gusano parásito. Su artículo se titula: *Evidence for lateral gene transfer from salmonids to two Schistosoma species*, cuando en realidad lo mismo podría haber tenido lugar la transferencia en sentido contrario. Curiosamente parece que, cuando se trata de apoyar una hipótesis ya establecida, la transferencia de información va en una dirección; pero cuando no hay hipótesis que apoyar, entonces la transferencia debe ser siempre del organismo más complejo al más sencillo. Siempre hay que respetar la estabilidad de lo establecido y en su defecto, la de lo más complejo.

Decir la evolución de las especies, en su forma comúnmente admitida en biología, es sinónimo de decir que todas las especies proceden de formas primitivas de vida sobre la tierra, primero moleculares y luego celulares. Pero ¿ha sido demostrado esto con el mismo poder de convicción que, por ejemplo, la Deriva Continental en Geología? Pienso que no, porque quedan otras posibilidades abiertas. Se admite hoy la posibilidad de que moléculas o formas primitivas de vida podrían viajar a través del espacio en meteoritos (Jakowsky, 1999). Muchas bacterias presentan formas de resistencia (esporas) capaces de sobrevivir en condiciones de temperatura y presión elevadas y es posible, admitámoslo, porque no hay ninguna evidencia en contra, que esporas bacterianas, semillas u otras formas de vida resistentes, hayan realizado viajes espaciales. Serían alternativas remotas pero no imposibles y, en cualquier caso suficientes para descartar cualquier explicación que se pretenda como la única posible. La hipótesis de evolución única de plantas a partir de cianobacterias queda por demostrar. Y se me dirá: pero hombre, si en el genoma de las plantas existen secuencias que demuestran un origen compartimentalizado que apoya la Teoría Endosimbiótica. Y yo podré contestar: De acuerdo, existen secuencias parecidas a las propias de cianobacterias y otras parecidas a secuencias de otros tipos de bacterias, pero eso no demuestra que la evolución haya procedido siempre, única y exclusivamente en esta dirección; podría haber sido, de vez en cuando, al revés; haber presentado oscilaciones, porque en la naturaleza no es raro que los fenómenos tengan ritmos oscilatorios. La biología evolutiva se basa en cimientos débiles. En parte por haber dado la espalda al registro fósil, precisamente por su confianza en la bioquímica. En parte por utilizar un

lenguaje gravemente contaminado por intereses (competición, selección natural y el propio concepto de evolución, proceden de una visión imperialista decimonónica).

Admitimos que cada especie deriva puntualmente de una especie anterior y que, en general, el proceso ha sido en sentido de una mayor complejidad pero el registro fósil no siempre confirma tales suposiciones. El principal argumento parece ser que lo complejo tiene que derivar necesariamente de lo más simple. Pero a mí ese argumento podría no convencerme porque, aunque efectivamente pueda haber ocurrido así una y mil veces, esto no implica que exista una única vez en la que, excepcionalmente, no haya sido así. La historia de la vida sobre la tierra, lo mismo que la estructura íntima del átomo, parece refractaria a un análisis reduccionista; Su estudio ha dado importantes sorpresas y puede todavía contener muchas más. Todavía hoy, la mejor fuente para la observación y el análisis de la vida resulta ser la vida de uno mismo. De ahí surge necesariamente la necesidad de cuestionar las grandes teorías en boga, las grandes ideas aceptadas, que cuando son sometidas a un riguroso análisis resultan ser, con frecuencia, el fruto de una pobre imaginación al servicio de una ciencia extremadamente especializada y mercantilizada, tal y como la predijo Unamuno.

Conclusión

En sus Elegías a Duino, en la IX Elegía, Rilke nos habla del significado de la existencia humana. Según el poema, estamos aquí porque lo de aquí nos necesita, lo evanescente necesita a los más evanescentes. Es decir nuestra existencia no tiene una base molecular sino ética, moral.

*No por la felicidad (nicht weil Glück ist),
esa precipitada ventaja de una pérdida cercana (dieser voreilige Vorteil eines nahen Verlusts).
No por curiosidad, o por ejercicio del corazón (Nicht aus Neugier, oder zur Übung des Herzens),
que existiría también en el laurel,... (das auch im Lorbeer wäre,...),
sino porque estar aquí es mucho, y porque todo (Aber weil Hiersein viel ist, und weil)
lo de aquí nos necesita, lo evanescente (uns scheinbar alles das Hiesige braucht, dieses Schwindende,)
lo que de una manera rara nos toca. (das selbst uns angeht.)
A nosotros, los más evanescentes. Una vez (Uns, die Schwindendsten. Einmal jades)
cada cosa, solo una vez. Una vez y no más. Y nosotros también (nur einmal. Einmal und nichtmehr. Und wir auch)
una vez. Nunca jamás. Pero este (einmal. Nie wieder. Aber dieses)
haber sido una vez, aunque solamente una vez: (einmal gewesen zu sein, wenn auch nur einmal:)
haber sido terrestre, parece irrevocable. (irdisch gewesen zu sein, scheint nicht widerruffbar.)*

Para Unamuno, la vida humana tiene un significado moral. Para Rilke también. Y puesto que yo no puedo admitir que haya una vida para la biología y otra para la Filosofía o para ser vivida y pensada porque la vida es única y evanescente tengo una tendencia a pensar que su significado, de existir, solo podría ser moral. La biología no

ha demostrado, de momento, que esto sea un error, pero mientras tanto, por su especialización y dependencia económica, obliga a pensar de otra manera.

Referencias

BEHE, M.J. (1996). La caja negra de Darwin. El reto de la bioquímica a la evolución. Ed. Andrés Bello. Barcelona 364 p.

CERVANTES, E. (2009). Una princesa medieval y otras cuestiones de biología. Arbor, CSIC, Madrid, 735, 157-197.

CERVANTES, E. (2009). El Creacionismo, invento darwinista. Blog Biología y Pensamiento, abril 2009.

http://www.madrimasd.org/blogs/biologia_pensamiento/2009/04/20/116709

JAKOSKY, B. (1998). La búsqueda de vida en otros planetas. Cambridge University Press.

JUNGE, W. Y CLAUSEN, J (2006). Photosynthetic oxygen production. Science 312, 1470-72.

MAYNARD SMITH, J. Y SZATHMÁRY, E. (1997). The Major Transitions in Evolution. New York: Oxford University Press.

MCKEE Y MCKEE. (2003). BIOQUIMICA 3ª Edición. McGraw-Hill/Interamericana.

MELAMED P., CHONG K.L. Y JOHANSEN M.V. (2004). Evidence for lateral gene transfer from salmonids to two Schistosome species. Nature Genetics, 36, 786-787.

MERESCHKOWSKI K.S. (1920). La plante considerée comme un complexe symbiotique. Bull. Soc. Sci. Nat France 6, 17-98.

OKAMOTO N. AND INOUE I. (2005). A Secondary Symbiosis in Progress? Science, Vol. 310. no. 5746, p. 287

RILKE RM. (2000). Las elegías de Duino. Editorial MCA, Valencia.

TEIRA J. (2002). La influencia de Kierkegaard en el pensamiento de Unamuno. SK Enten-Eller 1843)- Unamuno, periodo 1904-1905. Tesis de Licenciatura. Salamanca.

UNAMUNO, M. (1998). Del Sentimiento trágico de la vida. Alianza Editorial. Madrid